

RESEÑAS DE LIBROS

HERBERT MARCUSE, *One Dimensional Man*, Boston: The Beacon Press, 1964, 257 págs.

Ningún tema más fascinante —ni más perturbador— que el de la enajenación del hombre de nuestro tiempo. Profusa es la literatura que busca definir los síntomas y encontrar las soluciones a este problema tan del siglo XX, tan de esta época perturbada por visiones catastróficas y por anhelos apocalípticos. La poesía, la novela, el teatro, el ensayo, el tratado filosófico y sociológico han examinado el problema desde diversos ángulos, iluminando aspectos arcanos o pasados por alto, vertiendo luz sobre lo que de primera instancia lucía como insignificante, levantando el velo de los mitos urdidos por quienes interesan ocultar la verdad a sus víctimas. Herbert Marcuse, filósofo singularmente dotado para tratar el problema, se lanza a su estudio con la erudición y la capacidad crítica que sus lectores habíamos admirado en aquellos de sus libros anteriores a este: *Reason and Revolution*, *Eros and Civilization*, *Soviet Marxism*. El resultado es este libro —para mí uno de los mejores sobre la situación del hombre contemporáneo escrito en los últimos años— donde se pone al desnudo la sociedad en que vivimos, rompiéndose de paso varios ídolos y mitos cuya *subversión* —aunque sea sólo, como en este caso, por medio del pensamiento— resulta absolutamente indispensable para que el hombre actual pueda alcanzar esa existencia plenamente humana que se le escapa de las manos —paradójicamente en los momentos en que parece estar más cerca de ésta el logro de su plena y cabal humanización.

Con lo ya dicho el lector podrá juzgar que se trata de un libro "subversivo" en el sentido de esa muy abusada palabra. "Subversivo", porque el autor devela y descubre lo oculto, porque rompe ídolos y desinfla mitos, porque no se detiene ante las implicaciones a menudo desesperanzadoras de su implacable lógica dialéctica.

Marcuse parte de la gran paradoja de nuestro tiempo: la Humanidad parece haber llegado a una etapa en que la liberación del hombre de la miseria y de la opresión, la cesación de la explotación del hombre por el hombre, la utilización de la ciencia y de la técnica para bene-

ficio de la Humanidad, puede darse dentro de las condiciones reales presentes en nuestro mundo. No obstante —y a pesar de todo ello— los factores ya mencionados no han podido cristalizar fructuosamente en los países que Marcuse llama “super desarrollados” (los países industrialmente avanzados) perpetuando en éstos, aunque en una forma más sutil, esa misma dominación y esa misma destructividad cuyo fin parecía vislumbrarse con el desarrollo de una mayor racionalidad en la convivencia humana y en la utilización de los recursos disponibles, bajo el nuevo imperio de la ciencia y de la técnica.

Lejos de servir como factor organizativo que asigne los recursos de la sociedad sobre base tendentes a liberar al hombre para la acción creadora y para el desarrollo pleno de todas sus facultades, la racionalidad imperante en las sociedades industriales avanzadas —ya sean, según Marcuse, capitalistas o socialistas— se han convertido en un impedimento para la humanización del hombre, toda vez que, dándole *la ilusión* de la libertad, atan cada vez más a éste a estructuras frente a las cuales la única reacción posible es la de la adaptación. La dominación por medio de la manipulación, el control total de las alternativas ofrecidas al hombre, incluso el dispositivo de ofrecer cauces “constructivos” para su protesta, encadenan al hombre en un mundo donde a la esclavitud se le llama “libertad”, a la guerra, “paz”, a la pobreza, “opulencia”, dejándose al aparato de dominio la facultad de definir el sentido que cada uno de estos términos tendrá dentro del universo cerrado en que se mueve el hombre contemporáneo. En este mundo vuelto al revés, la mayor irracionalidad es encubierta con la más refinada racionalidad, la mayor destructividad con la más apabullante productividad. Para usar un término Hegeliano, lo real no es racional, sino todo lo contrario. O, citando a Marcuse, esta sociedad es “irracional en su totalidad. Su productividad es destructiva del libre desarrollo de las necesidades y de las facultades humanas, su paz es mantenida por la amenaza constante de la guerra, su crecimiento depende de la represión de las posibilidades reales para pacificar la lucha por la existencia”.

Max Weber, Karl Mannheim, Wright Mills, todos sociólogos, se habían ocupado del problema de la “racionalidad” en el mundo contemporáneo y de sus implicaciones para la liberación total del hombre. Mannheim nos había contrastado a la “racionalidad funcional” con la “racionalidad substantiva”, dándonos a entender que la sociedad actual la “racionalidad funcional” (o el hecho de que “una serie de actos está organizado de tal manera que conducen a un objetivo previamente fijado, recibiendo todos los elementos de esta serie de acciones una posición y un papel funcional”) prevalecía por sobre los actos

“sustancialmente racionales”, entendiéndose por esto “un acto de pensamiento que revela una visión inteligente de las relaciones que existen entre los hechos en una situación dada”. Marcuse, de otra parte, estimaría —si este fuese a utilizar los conceptos esbozados por Mannheim— que el aparato de dominación utiliza esta “racionalidad funcional” para perpetuar la dominación —mientras achica el ámbito de la racionalidad sustantiva—, manipulando la opinión de los individuos en tal forma que las alternativas abiertas ante éstos no puedan nunca darse a través de una “visión inteligente” de las relaciones existentes, sino sólo a través del consentimiento pre-fabricado dentro de un herético universo de discurso.

De ahí que la sociedad y el hombre se hayan tornado “unidimensionales”. Las alternativas mismas han sido absorbidas dentro del sistema: ya no hay dos dimensiones, la del pensamiento crítico y la de la realidad negada por ese pensamiento, sino una sola dimensión que asimila al pensamiento y a la acción en un sistema totalitario donde la negación del sistema forzosamente se mueve dentro de los límites ofrecidos por el propio aparato de dominio. Vedado el cambio cualitativo del sistema existente, no queda sino la protesta —el “Gran No”—, o la acción violenta y errática —aunque quizás efectiva— de los “extranjeros” al sistema. Escuchemos a Marcuse:

En su etapa más avanzada, la dominación funciona como administración y en las áreas superdesarrolladas del consumo en masa, la vida administrada se convierte en la vida buena del todo, en la defensa de la cual los opuestos se unen. Esta es la forma pura de dominación. A la inversa, su negación parece ser la de la forma pura de la negación. Todo su contenido parece reducirse a la única demanda abstracta que es el fin de la dominación —la única exigencia verdaderamente revolucionaria—, y ese acontecimiento validaría los logros de la civilización industrial. A la luz de su negación eficiente por el sistema establecido, esta negación aparece bajo la forma políticamente impotente de la “absoluta negativa” (the absolute refusal), negativa que parece más irrazonable cuanto más desarrolla el sistema establecido su productividad y cuanto más alivia el fardo de la vida.

Marcuse hace claro, sin embargo, que el cierre de las alternativas no se da igualmente en los países llamados “sub-desarrollados”. Tampoco escatima el hecho de que en los propios países industrialmente avanzados hay un substrato de “extranjeros” al sistema que brinda una oposición revolucionaria al sistema establecido. Ahí está el fermento y el espectro que pueden poner fin a esa sociedad absurda e

irracional. Marcuse nos apunta agudamente que, quizás, "el segundo período de la barbarie puede ser el imperio continuado de la civilización misma". No obstante, es posible que, en este período "puedan unirse los extremos históricos una vez más: la conciencia más avanzada de la Humanidad y su fuerza más explotada". Pero esto no es sino un albur, nos dice el autor. Sólo nos queda la esperanza en un mundo mejor, en una sociedad más equitativa y justa.

El libro de Marcuse concluye con una cita de Walter Benjamín, escrita al comienzo de la era fascista:

Es sólo para aquellos que no tienen esperanza que la esperanza nos ha sido dada.

¿Pesimismo? Quizás, ¿realismo? Quien puede dudarlo. Pero luego de tanto libro escrito en tono de congratulación sobre la llamada "sociedad opulenta", este libro de Marcuse abre nuevas perspectivas y señala nuevos derroteros. Los aspectos deshumanizantes y destructivos del capitalismo contemporáneo se muestran en su verdadera luz, así como las imperfecciones del socialismo actual. No existe peor esclavitud que la del que se cree libre sin serlo. Al remachar la dominación del hombre contemporáneo y cerrar las vías para su auténtica liberación, la sociedad capitalista contemporánea deja ver su faz autoritaria y totalitaria. Herbert Marcuse ha roto los mitos con que pretende encubrirse este totalitarismo. Compete a todos los que, como él, tenemos conciencia de nuestra esclavitud, unirnos para dar nuestra negativa a este sistema donde la explotación del hombre por el hombre se encuentra hoy en un nuevo nivel de refinamiento y sutileza. Por la vía de la protesta y de la crítica social el escritor contemporáneo tiene que continuar —con el pensamiento y con la acción— diciendo que NO a los que pretenden convertirlo en cómplice de la sociedad unidimensional.

MANUEL MALDONADO-DENIS
Universidad de Puerto Rico

BARRE, RAYMOND, *El Desarrollo Económico*, traducido al español por Julieta Campos, 2da. ed., México: Fondo de Cultura Económica, 1964. 176 págs.

Este libro, según lo describe el propio autor, "contiene la sustancia de un curso impartido en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Oporto". La finalidad del libro, nos dice su